

Un busto de Séneca

Discurso de ingreso en la Real Academia
de Córdoba de D. Amadeo Ruiz Olmos,
celebrado el 6 de abril de 1957.

SEÑORES ACADÉMICOS; SEÑORAS Y SEÑORES:

Es para mí una de las mayores satisfacciones de mi vida el haber sido llamado por esta vieja Academia de tan gran prestigio en España y el extranjero, a ocupar un sillón de número entre tantos cordobeses ilustres en las Artes, las Ciencias y las Letras, prestigio y orgullo de la ciudad.

Mi persona no tiene más mérito que el estudio y el trabajo ejercido con la mayor intensidad que he podido a partir de los años en que terminé mis estudios en la Escuela Superior de Bellas Artes de San Carlos, de Valencia, y Santa Isabel de Hungría, en Sevilla.

Mi amor al trabajo, señores académicos, y mi entusiasmo febril a mi escultura, es solamente el bagaje que os traigo y que vosotros galantemente habéis premiado.

Hace años llegué a esta ciudad, que haciendo honor a su lema de «Muy hospitalaria», en ella fui cariñosamente acogido, abriendo estudio y estudiando.

Si eso no fuera suficiente, en el hogar aquí creado nacieron mis hijos, un motivo más para que me considere un cordobés adoptivo.

Es costumbre en todo recipiendario dedicar unas palabras al Académico cuyo número y sillón se viene a ocupar, y nos ha tocado la personalidad de don Manuel Alfaro Vázquez, de ilustre ascendencia literaria cordobesa, puesto que era hijo de la célebre poetisa doña Rosario Vázquez, cuyas producciones han pasado al acervo lírico cordobés y fueron el deleite de la sociedad de su tiempo.

Herederero de aquella fina sensibilidad materna, y de procedencia paternal ilustre, puesto que el linaje de los Alfaro es de lejana ascendencia cordobesa, don Manuel Alfaro cultivó diversas parcelas artísticas, llegando a ser un notable pintor, especialmente acuarelista.

De él se conservan, entre otras muchas obras pictóricas, una colección de plantas y flores del campo cordobés, que enriquecen la botánica gráfica española.

Fué profesor de Caligrafía en nuestro Instituto de Segunda Enseñanza y muchas generaciones cordobesas, las que hoy constituyen lo que podríamos llamar «el senado de la cultura cordobesa», fueron sus discípulos y veneran su memoria.

Perteneció a esta Academia, en la que fué elegido Numerario, aunque no alcanzó a leer su discurso de ingreso, como tampoco tuvo antecesor académico, puesto que fué aumentado el número de sillones o puestos, entre los que fué designado. Debo recordar, por tanto, que verdaderamente inauguro el sillón para el que me habeis nombrado,

Siguiendo la costumbre de que los artistas en vez del discurso reglamentario de ingreso en las Academias presenten una obra original realizada, yo, como escultor, me he permitido ofrecer esta estatua de Séneca, el cordobés filósofo de fama universal, en la cual he procurado estudiar el carácter, personalidad y forma racial.

Mi gratitud a la Academia por mi designación para ocupar una plaza de número, con mi promesa de colaborar en sus trabajos con todo entusiasmo.

He dicho.

